

Entrevista a la Sra. Evangelina Arce, activista social y madre de Silvia Arce, desaparecida en Ciudad Juárez en 1998

En octubre 2013, la Asociación de Latinoamericanistas en Bélgica y Luxemburgo (LABEL) organizó su conferencia internacional anual sobre “Seguridad Humana y Medioambiental en regiones transfronterizas: Aproximaciones multidisciplinares para América Latina”. Dentro de un contexto de diálogo académico y social en temas de seguridad humana, los organizadores de la conferencia invitaron a la Señora Evangelina Arce y al Profesor Alfredo Limas Hernández para discutir sobre el tema de las mujeres desaparecidas en la Ciudad Juárez (México). LABEL agradece a la Señora Arce por compartir sus experiencias y al Profesor Limas Hernández por brindar su análisis. Dentro de este contexto de diálogo académico previamente mencionado, los organizadores de la conferencia de la Universidad de Luxemburgo están complacidos de publicar estos escritos en *Regions & Cohesion*.

Eva Arce: Mi nombre es Evangelina Arce, soy la mamá de Silvia Arce, desaparecida el 11 de marzo 1998 en Ciudad Juárez. He sido invitada en universidades de diversos países europeos (Irlanda, Holanda, ahora Luxemburgo), y también en Estados Unidos y Canadá, para exponer los casos de las numerosas muchachas desaparecidas, junto con mi hija.

Son muchas las jóvenes desaparecidas y cada día están desapareciendo más. Justo antes de venir aquí ha desaparecido una chavalita de 10 años. Aún no sabemos que habrá pasado con ella.

Ese es el problema de tantas jovencitas, que muchas se encuentran muertas y muchas no se han encontrado. Queremos que sepan todo esto que está pasando en Ciudad Juárez, donde desaparecen jóvenes, niñas, mayores, de todo.

Es muy triste que las madres estemos en marchas, caminando, enfrentándonos con el Gobierno. Muchas veces, el mismo Gobierno nos ataca e incluso golpea a personas que colaboran con nosotras. No queremos esto, queremos que nos respeten, que se nos trate como personas. Queremos pedirles a todos ustedes y a todas las jóvenes de aquí que se cuiden, que



no tengan mucha confianza, porque a menudo se dice que la confianza mata. Por eso estamos aquí.

Regions & Cohesion: Por favor cuéntenos el caso de su hija Silvia. ¿Cuándo y cómo se entera usted? ¿Qué hace cuando se entera de que Silvia ha desaparecido?

Eva Arce: Mi hija ya tenía cuatro días desaparecida cuando yo me di cuenta, por mis nietos. Ellos fueron a la casa junto con el papá a decirme que ya hacía cuatro días que no venía Silvia. Yo les pregunté por qué no me habían avisado y por qué iban hasta entonces. Y dijo mi nieto, “es que mi papá no quería que le dijéramos”. Yo dije, “pues vamos, vamos a buscarla”. Anduvimos buscando en su trabajo, entre sus amistades, por muchas partes. Después fuimos al lugar donde nos dijeron que había desaparecido, a altas horas de la noche estaba yo metiéndome en caballerizas, dondequiera, en oscuridades muy feas, que daban mucho miedo. Luego nos encontramos con diversas personas. Vi a un licenciado¹ y a un familiar del dueño del lugar de donde trabajaba. Le dije que a mí se me hacía raro que el día que fue a cobrar, esperando que le pagaran, desapareciera. Les pregunté si no habían visto a Silvia ahí. Me dijeron que desde el miércoles que había ido a cobrar ya no la habían vuelto a ver y que se les hacía raro que no hubiera vuelto.

Me quise meter en un lugar que estaba cerrado (dentro del mismo establecimiento donde trabajaba Silvia), y no querían dejarme pero, de todos modos, abrí la puerta para ver quién andaba por ahí y el único que estaba ahí dentro era el concubino de mi hija, tomando. Cuando me vio, salió y le dije a mi nieto, “vámonos”. Fuimos a unas direcciones ahí cerca, donde me dijeron que se juntaban unos guaruras de uno de los organismos de control federal. No los encontramos. Una señora nos dijo que “ahorita no están”, que creía que estaban en México, pero que volverían al día siguiente. Al día siguiente fuimos, pero no estaban. Nos dijeron que cuando llegaron, fueron unos agentes y se los llevaron junto con todo lo que había, maletas, fotos, todo y se llevaron el carro de otra persona.

Yo seguía buscando a mi hija, nadie parecía querer ayudarme y yo casi no confiaba en nadie, y mucho menos podía aceptar que me dijeran que no iban a encontrar a mi hija. Entonces yo, con una foto, me salía temprano en las mañanas y en camión iba a lugares lejos de Ciudad Juárez y regresaba tarde a casa, como a las tres de la mañana, escondiéndome, porque a esas horas es muy pesado andar en las calles, no sabiendo si alguien nos sigue y nos va a atacar. Me decían que aquello era muy peligroso para mí. Yo replicaba, “para mí no es peligroso. Si ya estoy en este camino, yo voy a seguir”. Y así fui buscándola mucho tiempo.

Puse la denuncia de desaparición el día 14 de marzo del 98, como a la una de la mañana, me dijeron, “vas a esperar tres días”. Ese es el plazo desde la desaparición y la denuncia. Pero yo dije que mi hija ya llevaba cuatro días desaparecida y aún no habían designado a nadie para que iniciara la búsqueda. “Vente el lunes”, me dijeron. Seguí buscándola y cuando el lunes volví, ya no tenían la denuncia que yo había puesto. Volví a levantar la denuncia y me hicieron otras preguntas. Al día siguiente fui y me dijeron, “ya tenemos las personas que la van a ir a buscar”. Pero esas personas (oficiales estatales) que asignaron para buscar a mi hija me decían, “¿Por qué la buscas? Ella está muy a gusto allá dónde la tienen. Y si vieras cómo la tienen. ¿Qué vas a hacer? ¿Llevarla a un internado para que se recupere?” Y yo les dije, “Si ustedes sabe dónde la tienen, ¿por qué no la rescatan?”. Entonces ellos se rieron.

Me salí de donde estaban ellos y fui donde una licenciada de una agencia local para la atención de homicidios de mujeres, y le dije, “pero ¿qué pasa? Usted me manda donde ellos a que les pregunte lo que están investigando y ellos se están burlando de mí. ¿Cómo es que no regresó mi hija? ¿Cómo es que no la encuentran, si ustedes tienen contactos?”

Cuando estos oficiales estatales salieron de esta agencia e iban a ir a otros lugares a buscar a Silvia, convencí a uno de nuestros compañeros de las asociaciones de lucha por mujeres desaparecidas, de seguirlos. Nos fuimos atrás de ellos. No conocían nuestro carro.

Llegaron a la casa de un jefe policial, donde estaba su esposa. Nos paramos un poco atrás. Mientras ellos estaban platicando con la esposa del jefe policial, sonó el teléfono. Uno de ellos preguntó quién era. Ella respondió: “Es el Sr. X. Quiere hablar con ustedes”. Ahí me acerqué más y oí que estaban preguntando, “Señor X, dínos qué vamos a hacer”. No sé qué les diría él, porque en ese entonces habían cambiado al Señor X a Querétaro, pero ellos tenían comunicación con él.

Entonces pregunté: “¿Cómo está todo esto? Entonces, los oficiales estatales y los guaruras federales, saben lo que están haciendo con las muchachas”.

Fui otra vez y le dije un representante de justicia estatal y a la licenciada a cargo de la atención de homicidios de mujeres: “Pasa esto y esto y esto. Es inconcebible. Yo ando buscando a mi hija y ellos no la buscan. Andan preguntando lo que van a hacer. Voy a hablar con ellos”. La licenciada de esta agencia me dijo “vete”, y esto fue una provocación

Luego volví, acompañada de otras dos mujeres, también familiares de desaparecidas, hicimos un plantón. Fuimos poniendo todas las fotos de las muchachas desaparecidas en el interior de esta agencia local para la atención de homicidios de mujeres. Y, cuando ellos pasaban y lo veían, decían “a ver quién puede más”. ¿Qué quiere decir eso? Que ellos estaban

involucrados en las desapariciones de mujeres. Qué significaba sino ese “a ver quién puede más, ellos o nosotros”.

Eso nosotros lo tomábamos a mal, porque en lugar de apoyarnos, esa era su reacción. ... “A ver quién puede más”.

Incluso, cuando otras personas iban a poner sus denuncias de nuevas desapariciones, les decían que si se juntaban con nosotras no las ayudarían a encontrar a sus hijas.

Todas nos juntamos ahí. Como a los ocho días, en el predio de Loma Blanca, se encontró muerta a una muchacha que había desaparecido. No querían avisar tampoco a los familiares. Cuando llegó, la madre de esta desaparecida, con sus hijos, les dije que se había encontrado una muchacha muerta en Loma Blanca. Era su hija. Pero no querían decirle más. Yo le dije a la madre que fuéramos a hablar con la licenciada encargada de investigar las mujeres desaparecidas. Cuando llegamos, habían desaparecido todos los agentes. Ni uno apareció. Todas las oficinas las dejaron solas.

Y ella—la madre—estaba bien enojada, preguntándole a la licenciada a cargo por qué no la habían avisado siendo ella la madre. Y yo llegué a creer que podría ser mi hija, pero no, no era.

Todas esas anomalías están siendo cometidas por agentes estatales. Pero yo he seguido adelante. He seguido la pista de los agentes que han agarrado el caso de mi hija. He investigado.

Sé quién se la llevó, sé dónde la tenían. De ahí la sacaron y se la llevaron, no sé dónde la tendrán. Pero yo sola investigué todo eso.

Regions & Cohesion: A la señora Eva le tocó realizar su propia investigación. Y ha ido anotando en cuadernos, con todo detalle, las informaciones relativas a su investigación. Va haciendo un seguimiento detallado de con quién se va encontrando, a qué puertas ha tocado, qué reacciones ha recibido, ha apuntado nombres, números de teléfono, fechas, direcciones, organismos locales, estatales, federales. ... Todo eso lo ha presentado, pero ¿qué respuesta le ha dado el gobierno y las instituciones ante sus hallazgos?

Eva Arce: Gracias a mis investigaciones, que, en realidad, les competían a los oficiales estatales, no a mí, fui dándome cuenta de quiénes estaban involucrados y quiénes no.

Lo que recibí de ellos fueron amenazas, golpes, seguimiento a mi familia, enfrentamientos a mis amigos. ... Aún no se han cansado de hostigarme.

Yo les decía, “A ustedes les pagan por trabajar, pero soy yo la que ando investigando. Y ustedes, que no están haciendo nada, ¿aún vienen a amenazarme hasta a mi casa?”

Había tres oficiales federales y cuatro del Estado, fuera de mi casa. Y cuando yo estaba discutiendo con un oficial federal, me dijeron, “es que aquí hay una persona que mató a una muchacha”, Y yo repliqué: “Aquí quien vive soy yo y su familia. Lo que han de hacer es ir a buscar a sus compañeros, para que me devuelvan a mi hija. Eso es lo que han de hacer. No vengan a amenazarme”. Mi otra hija me gritaba: “mamá, mamá, vámonos de aquí. Nos van a matar a todos”. Yo repliqué que no iba a pasar nada. Toda la gente salió a asomarse, por sus gritos. Le dije que llamara por teléfono y que dijera que esas personas estaban en casa. Cuando vieron que estaba toda la gente allí, que los vieron que estaban discutiendo conmigo, entonces el mismo oficial federal que había discutido conmigo, agarró la radio y empezó a hablar con los que estaban estacionados. Se fueron yendo poquito a poquito. Yo fui a la agencia local para la atención de homicidios de mujeres y puse mi denuncia de lo que había ocurrido. La licenciada a cargo me preguntó, “¿Cómo va a ser posible?” “Es posible”, le dije yo, “Si quieren, traigo a todos los testigos”.

Tengo todo el seguimiento de las denuncias de todas las veces que me siguieron, de cuando me golpearon. Una vez participé en una reunión sobre derechos humanos a nivel nacional y pregunté al responsable: “¿No hay derecho de castigar a los que trabajan en el gobierno?” Respondió: “Sí. Yo te voy a ayudar”. Nomás hasta ahí llegó. Nunca recibí esta ayuda. Al salir de allí fue cuando me golpearon. Me alcanzaron, me agarraron por detrás y me empezaron a pegar. Me abrieron de aquí (señalando una parte de su cuerpo). Entonces puse la denuncia y me dijeron que a los tres días me comunicarían quién me había golpeado. Yo dije que ya lo sabía, que fueron tres oficiales estatales.

Al tercer día, cuando fuimos para que nos dieran unas copias, vimos que habían cambiado la denuncia. Ahora aparecía como denuncia por robo y se decía que los golpes me los habían dado porque me habían robado en casa. Reclamé, pero me dijeron que no estaba la persona ante la que había presentado la denuncia. Y yo seguí reclamado. Les dije que eso estaba mal, que a qué estábamos jugando. Si yo había puesto una denuncia y sabía quién me había golpeado, ¿por qué figuraba una denuncia por robo y golpes en casa, cuando en realidad me habían golpeado en la calle? Anduvimos batallando todo eso, pero mi denuncia original nunca apareció.

Regions & Cohesion: ¿Quiénes han apoyado entonces su búsqueda? ¿En quiénes ha buscado usted apoyo para continuar adelante, en Juárez o fuera? ¿Qué nos puede decir sobre las voces de apoyo para usted?

Eva Arce: Yo trabajaba en un comité independiente de derechos humanos. Con unas compañeras formamos la asociación que llamamos “Voces sin

eco". Con otras personas que nos acompañaban, hombres y familias de las mamás de desaparecidas, íbamos a hacer rastreos por terrenos baldíos, a ver qué encontrábamos. A veces nos seguía la policía, también a los rastreos. Anduvimos por Lomas de Poleo, para el valle. Cada ocho días hacíamos rastreos. Ahorita estamos exigiendo de nuevo los rastreos, porque se han encontrado osamentas de otras jóvenes en el Cristo Negro y en otros lugares. Nosotros tenemos que acompañar a los oficiales estatales, pero vamos con más cuidado, porque ya no les tenemos confianza.

En ello andaba varias asociaciones independientes de derechos humanos, todos andábamos en esos rastreos. Nosotros los programábamos y los hacíamos también. Pero no encontrábamos nada. Y ahora, que se están haciendo rastreos, los oficiales estatales, ellos sí encuentran osamentas. Y yo digo ¿qué está pasando? Ellos andarán sembrando para que ellos sí los encuentren. Y de vez en cuando dicen "ahí encontramos un hueso, y ahí otros"...

¿Qué pasa? ¿Quiénes son los que están involucrados? Así es como involucraron a una persona Y, que acompañaba a los que se llevaban a las muchachas. ¿Por qué no decían que eran los oficiales estatales?

Yo hablo claramente, ¿verdad? Porque tiraban a las muchachas. A una la tiraron ahí, en el panteón, a esos oficiales estatales yo los conozco. La golpearon, le dieron unos balazos y la dejaron tirada. Pero cuando amaneció y le dio el sol, ella empezó a volver, la encontraron y ella habló. Ahí fue cuando agarraron a la persona Y, porque decían que él las había matado. Y yo lo dije públicamente. Hay un vídeo en el que digo, "esos fulanos mataron a esas muchachas".

Hay otra muchacha que también vive. Se la llevaron y la tiraron a un cerro, la metieron en el arroyo y también ella, al mediodía salió gritando de ahí desnuda y toda golpeada. Hay otras que cayeron desmayadas, pero que no murieron.

Y sabemos que fueron los oficiales estatales los que están haciendo eso con ellas.

¿Por qué el gobierno no frena a esas personas? ¿Por qué los protege? Todos los que yo tengo en la lista del caso de mi hija son protegidos. Ahorita estoy exigiendo que traigan a uno de ellos, que está en Estados Unidos. Otro está en Tamaulipas, otro está en Veracruz. Yo los quiero a todos juntos aquí. ¿O quieren que también yo me encargue de eso? Porque sí puedo. Yo nomás digo "lo hago" y lo hago. Es lo que estoy esperando, porque, cuando los tenga a todos juntos, sabré dónde tienen a mi hija.

Regions & Cohesion: Efectivamente, la señora Eva ha tenido una voluntad de acero para indagar y seguir buscando a su hija Silvia. Por ello ha sido invitada a exponer su lucha en varias universidades en EE.UU y en

Canadá, entre otros, y cuenta además con cartas de protección de organizaciones internacionales de derechos humanos quienes llevan a la fecha un seguimiento de su caso. Lo que resulta admirable para quienes la escuchamos, es que cuando Eva habla lo hace consciente de que no se trata solo de su propia experiencia aislada. Cuando habla de su hija, no solo se refiere a Silvia. Ella tiene otros hijos e hijas, pero prefiere no mencionarlos, porque sabe que lo que hace ya es un riesgo. Pero, como señala un texto de la Universidad de Nuevo México, ella no se cansa, tiene un espíritu de acero. Su voz se ha escuchado en varios foros y el caso de su hija Silvia está siendo tratado actualmente por un equipo de litigio que aboga el caso ante un organismo continental de derechos humanos.

Entre lo más sorprendente es que en medio de tanta búsqueda y tanta investigación, la señora Eva también escribe poemas y canciones que conserva en cuadernos, de los cuales yo he visto tres, aunque ella dice que ya ha perdido dos. Me parece que esta sensibilidad artística nos puede permitir conocerla mejor y por ello, para cerrar esta entrevista, quiero pedirle que nos lea uno.

Eva Arce: Antes de leer este poema, quiero también decirles que al hijo de mi hija Silvia, que tenía 9 años cuando se perdió Silvia, me lo mataron cuando cumplió 18. Días antes de su muerte, fueron dos agentes federales a la casa y estuvieron platicando con nosotros. Me lo pidieron prestado para que los acompañara y les indicara donde vivía el [su] papá. Quedaron en regresar el lunes, para llevarlo a declarar, pero fue muerto el domingo en la madrugada. A los dos días de haber estado estos agentes en casa. Ya nunca declaró.

Yo me pregunto “¿por qué lo mataron? Si al día siguiente iban a venir unos agentes por él, para llevarlo a declarar, ¿qué fue lo que pasó?”

Cuando ya lo habían sepultado, fui y le pregunté a un agente federal: “¿dónde están sus otros agentes?”. Me respondió: “andan trabajando”. Y yo: “quiero hablar con ellos. Quiero saber lo que pasó. ¿Por qué nos engañaron? ¿Por qué mataron a mi nieto?” Y él: “pues no sé, no creo. Mire, señora, lo que yo le voy a decir es que nosotros no podemos hacer muchas cosas, porque, si nosotros hablamos, o buscamos a las personas, nos quitan el trabajo o nos mandan matar. No podemos hacer nada. Por eso, si ellos hicieron algo o no lo hicieron, yo no puedo decirlo”.

Y así están las cosas. Después me mataron a mi yerno (esposo de otra de sus hijas), y también violaron a un nieto de 6 años. ¿Y qué han hecho? No han hecho nada.

Uno hace por defenderse. Y yo le dejo todo a Dios, porque él los castigará. Valor, siempre lo he tenido, pero no para desquitarme. Porque es Dios quien hace todas las cosas y quien los castigará. Si en la tierra no se

logra darles su castigo, con Dios pagarán lo que hicieron. Eso es lo que me sostiene.

Esta poesía la escribí cuando encontraron las osamentas de otras muchachas, en junio de 2013. Se titula “Revolucionarias” y dice así:

LAS REVOLUCIONARIAS

Dan vuelta al mundo entero
Y la victoria no aparece
Nomás los arroyos llenos de osamentas
Y todas destruidas...
Arroyo de navaja
En esas celdas destacan sus cabelleras
Llenas de púrpura
Y aúllan apabullando al gobierno
Y las madres nos decían
¿Es todo lo que investigaron?
Al fin de llamas los calentaron
Agarraron la hebra y se van sobre de ella
Para el monte van encontrando
A unos que nos asesinaron poco a poco
Uno sobre la hebra
Hasta llegar con las cabezas graves
Y digan: ¿Dónde están las otras jóvenes que faltan?
Siguen desapareciendo
Las madres no están conformes
Porque no les entregan las osamentas completas
No saben si son sus verdaderas hijas
Porque la esperanza era
Que se las entregaran vivas
No parte de sus huesos
Somos madres que a nuestras hijas buscamos
Y al no poder encontrarlas
Ahora somos madres revolucionarias
Para encontrar a nuestras hijas

NOTAS

1. Excepto por la Sra. Eva y su hija, los nombres de las personas involucradas y de las instituciones relacionadas en el caso citado, han sido omitidos por motivos de privacidad y seguridad.